

# Persona, familia y trabajo

EL TRABAJO HUMANO SE ENRIQUECE ENORMEMENTE EN EL MOMENTO EN QUE OPTA POR ARMONIZAR LA DIVERSIDAD DE LOS TALENTOS Y LAS ASPIRACIONES TAL Y COMO SE ARMONIZAN Y CULTIVAN EN EL HOGAR FAMILIAR

RAFAEL HURTADO

**E**s sabido que la persona humana se distingue del resto de la creación por su clara tendencia al movimiento inteligente. El hombre de antaño, en su afán por adelantarse a la contingencia, siempre miró hacia adelante en espera de hacer frente a la adversidad. Superó condiciones de vida extremas, siempre dando consistencia a sus ideas en favor de la prosperidad de su entorno más inmediato. Parte esencial de su dignidad radica en su interés por modelar las bondades del mundo que le ha sido encomendado, que se muestra con sus grados de indeterminación que justifican la razón de ser del trabajo, actividad societaria por excelencia que se encuentra en el origen de toda cultura conocida.

Gracias al trabajo el mundo de los seres humanos aspira con el tiempo a ser construido y habitado, no sólo en un momento específico de su historia, o bien para el gozo de unos pocos miembros de su estirpe, sino para que las generaciones venideras gocen de una mejor vida y se conviertan en promesa sublime de un futuro esperanzador para los suyos. Ésta no es una tarea fácil, pues el tejido cultural de toda sociedad se forma necesariamente a partir de la entrega libre que reclama el compromiso laboral. Este, llevado a su máximo nivel de entrega humana total y sin reservas, conforma

El tejido cultural de toda sociedad se forma necesariamente a partir de la entrega libre que reclama el compromiso laboral

un balance delicado y contundente que tras varios siglos se ha revelado con un brillo sin precedentes. Nos referimos a esa imagen viva y originaria de nuestra civilización, a saber, la familia matrimonial.

**C**iertamente, varón y mujer maduran en su entorno familiar concreto de modo paulatino, al ritmo de una serie de etapas que se presuponen mutuamente en lo biológico, lo psicológico y lo afectivo. Éstas, siendo variables según el contexto cultural en turno, no se cancelan ni tienden a extenderse de modo definitivo. El infante se ha de convertir en adulto para luego dar la bienvenida a la esperada ancianidad, pasando por sus correspondientes estados anímicos que le harán expandir su ser frente a la realidad objetiva. El soltero se ha de casar, entregarse sin resguardos a su cónyuge, si su deseo es dejar que el torrente de la fecundidad empaque con sus aguas la tierra fértil de su vida matrimonial, de la cual han de surgir los nuevos horizontes del mundo creado, dulcemente plasmados en la promesa de la vida de una nueva persona: el hijo.

Son el varón y la mujer conyugados quienes desde antaño se han hecho cargo del reto más paradójico –como diría G. K. Chesterton– presente en toda civilización conocida, a saber, la procreación y la humanización de sus hijos. En efecto, cuando un padre y una madre deciden hacerse cargo uno del otro, y juntos

como pareja de sus propios hijos, es posible hablar del florecimiento cultural de la siguiente generación de ciudadanos de aquella nación que quiere perpetuarse en la existencia. Por tal motivo, la Cultura Occidental fue reconociendo de modo paulatino (comenzando por los romanos) el valor incommensurable de la unión matrimonial entre el varón y la mujer en favor del bienestar del infante, exaltando por encima de toda duda o sesgo cultural el irrenunciable valor de la persona humana como individuo pensante –*Naturæ rationalis individua substantia*, siguiendo a Séneca–. A partir de la llegada de Jesucristo, a los occidentales les llevó aproximadamente quince siglos entender que el amor entre el hombre y la mujer es un “signo sensible” que da razón de la mirada de Dios (es sacramento, según se estipuló en el Concilio de Trento –1545-1563), pero a la vez nos ha costado tan solo tres siglos olvidarnos de tan excelsa realidad, no sin sufrir de modo paulatino las consecuencias de nuestra propia omisión, primero en la Reforma Protestante, luego en la Revolución Francesa... y finalmente en las postrimerías de la Revolución Sexual del siglo pasado.

**E**n pleno comienzo del siglo XXI, una pregunta sale a relucir por su simpleza y complejidad tanto en el ámbito público como en el privado, en los medios de comunicación masiva, la prensa, en el cine y en las series televisivas, etc.: ¿cómo puedo hacer feliz a mi hijo? La pregunta tiene un trasfondo complejo de gran calado. Ser persona implica ser originado, tener “ombligo” biológico e intelectual, realidad inseparable del espacio natural y espiritual en el que construimos el núcleo duro

**El hogar familiar está por ser redescubierto en su estatus de taller de modelación humana y espiritual de donde proviene todo desarrollo social y cívico**

laban los pensadores clásicos. Pero al mismo tiempo ha estimulado un cierto espíritu adolescente que la industrialización y la economía política han sembrado en la mente del varón, y cada vez más en la sensibilidad de la mujer. En efecto, los seres humanos nos hemos aceptado como los herederos de toda la creación y por ello estamos llamados a dominar el mundo de los hijos de Dios... a través de nuestro trabajo, nuestros conocimientos, nuestros descubrimientos sobre el funcionamiento interno de la realidad natural. Pero me parece que, al mismo tiempo, hemos llegado muy lejos en este respecto, hasta el grado de poner en entredicho nuestro propio bienestar, el de nuestros hijos y el de nuestro propio planeta.

Ya no es novedad reflexionar sobre la acentuada crisis familiar que san Juan Pablo II advirtió sin cansancio durante su extenso pontificado, la misma que ahora el Papa Francisco vuelve a poner en el “ojo del huracán” en su último documento pontificio *Amoris Laetitia*. Quizás es un síntoma claro de la frecuencia con que los padres de familia contemporáneos se preguntan sobre la posibilidad de ser felices con sus hijos en medio de una cultura decadente y desarticulada interiormente. Los últimos cincuenta años parecen indicar que no lo estamos logrando: basta ver los altos índices de estrés, obesidad, depresión, alcoholismo, promiscuidad y suicidio que dominan el mundo de la gente joven. Pareciera que nuestra época será recordada como aquella en la que reinó el miedo por amar y ser amado; por no saber estar al servicio del cónyuge y de los hijos; por no saber hacerse cargo del compañero enfermo o en crisis. Parece ser que la felicidad de aquellos que más nos importan se

**A**nche esta enunciación, tiende a pensar que el hogar familiar está por ser redescubierto en su estatus de taller de modelación humana y espiritual de donde proviene todo desarrollo social y cívico. Durante siglos, el hogar ha sido el espacio vital donde varón y mujer han aprendido el significado de sus respectivos modos de ser; es el fuego alimentado por el trabajo, la contemplación y el descanso al que nuestros seres queridos se acercan para calentarse. Es el lugar en donde se acepta y construye la intimidad, lo más radicalmente propio, que hace posible la enseñanza genuina y el aprendizaje libre y desinteresado. Es el lugar a donde hemos de volver –como diría Rafael Alvira–, donde los padres de familia pueden aprender a construir su amor, a entusiasmarse por hacer feliz al cónyuge, a transmitir con su trabajo y entrega el drama de su propia existencia. Posteriormente, los hijos podrán hacer suyo este espíritu a fin de retarlo, hacerlo crecer y optar libremente por imitarlo. No me parece que haya otro modo de transmitir la cultura, el cultivo de lo humano, la humanización de los hijos de Dios. “La libertad reside auténticamente en el hogar”, afirmó G. K. Chesterton, pues es ahí donde el ser humano aprende a recibir y por consiguiente a dar y a darse... en definitiva, es donde aprende a amar y a trabajar.